

CAPITULO XII

Llegada y recepción en París de los comisionados de las asambleas primarias.—Retirada del ejército del Norte del campamento de César.—Fiesta del aniversario del 10 de agosto y aceptación de la Constitución de 1793.—Medidas extraordinarias de salvación pública.—Decreto ordenando el alistamiento en masa.—Medios empleados para asegurar la ejecución.—Institución del gran libro.—Nueva organización de la deuda pública.—Empréstito forzoso.—Detalles sobre las operaciones financieras de aquella época.—Nuevos decretos sobre el *maximum*.—Decreto contra la Vendée, contra los extranjeros y los Borbones.

Acababan de llegar á París los comisionados enviados por las asambleas primarias para celebrar el aniversario del 10 de agosto y aceptar la Constitución en nombre de toda la Francia. Deseábase aprovechar aquel instante para excitar un impulso de entusiasmo, reconciliar á las provincias con la capital, y promover resoluciones heroicas, preparándose al efecto una brillante recepción. Fueron llamados los mercaderes de todos los alrededores, y reunióse una gruesa cantidad de víveres, á fin de que la escasez no viniese á turbar las fiestas; y para que los comisionados disfrutasen á la vez del espectáculo de la paz, de la abundancia y del orden, llevóse la consideración hasta el punto de ordenar á todas las administraciones de coches públicos que les cedieran sus asientos, aun aquellos comprometidos para los viajeros. La administración del departamento, que rivalizaba con la de la municipalidad por su estilo austero, así en su lenguaje como en sus proclamas, dirigió á los hermanos de las asambleas primarias un manifiesto concebido en estos términos: «Hombres cubiertos con la máscara del patriotismo os hablarán aquí con entusiasmo de libertad, de igualdad, de república única é invisible, mientras que en el fondo de su corazón no aspiran ni trabajan sino para el restablecimiento de la monarquía y la pérdida de su patria. Estos son los ricos, que en todos tiempos han aborrecido las virtudes y matado las costumbres. Aquí encontraréis mujeres perversas, demasiado seductoras por sus atractivos, que se entenderán con ellos para arrastrarlos al vicio... Temed, temed sobre todo al ex Palacio Real; en su jardín encontraréis á esos pérfidos; ese famoso vergel, cuna de la revolución, en otro tiempo asilo de los amigos de la libertad y de la igualdad, no es ya hoy, á pesar de nuestra activa vigilancia, sino el fangoso lupanar de la sociedad, la guarida de los malvados, el antro de todos los conspiradores... Huíd de ese lugarapestado; preferid al espectáculo peligroso del lujo y la disipación los útiles cuadros de la virtud laboriosa; visitad los arrabales, fundadores de nuestra independencia; entrad en los talleres, donde hombres activos, sencillos y virtuosos como vosotros, y cual vosotros dispuestos á defender la patria, os esperan, hace largo tiempo para estrechar los lazos de la fraternidad. ¡Venid sobre todo á nuestras sociedades populares, unámonos, reanimémonos para hacer frente á los nuevos peligros de la patria, y juremos, por última vez, la muerte y la destrucción de los tiranos!» La primera diligencia fué conducir á los comisionados

á la sociedad de los jacobinos, quienes los recibieron con la mayor solicitud, ofreciéndoles su sala para reunirse. Los comisionados aceptaron la oferta, y se con vino que deliberarían en el seno mismo de la sociedad, confundiéndose con ella durante su permanencia. De este modo se contaban en París cuatrocientos jacobinos más. La sociedad, que se reunía cada dos días, quiso entonces hacerlo diariamente, para deliberar con los comisionados de los departamentos acerca de las medidas de salvación pública. Decíase que entre aquellos comisionados se inclinaban algunos á la indulgencia y tenían el encargo de pedir una amnistía general el día en que se aceptara la Constitución. En efecto, algunas personas pensaban en este medio para salvar á los girondinos prisioneros, y todos los demás detenidos por causas políticas; pero los jacobinos no querían arreglo alguno, y necesitaban á la vez energía y venganza. Habíase calumniado á los comisionados de las asambleas primarias, dice Hassenfratz, circulando el rumor de que deseaban pedir una amnistía; pero como eran incapaces de ello, se unirían á los jacobinos para solicitar, con las medidas urgentes de salvación pública, el castigo de todos los traidores. Los comisionados se tuvieron por advertidos, y si algunos, á la verdad muy pocos, pensaban en una amnistía, ninguno osó hacer la proposición.

En la mañana del 7 de agosto fueron conducidos al Ayuntamiento, y desde aquí al palacio episcopal, donde estaba el club de los electores y se había preparado el 31 de mayo. Allí era donde debía efectuarse la reconciliación de los departamentos con París, puesto que de allí había partido el ataque contra la representación nacional. El corregidor Pache, el procurador Chaumette y toda la municipalidad marchando á su cabeza, introducen á los comisionados en el palacio episcopal; por una parte y otra se dirigen discursos; los parisienses declaran que no habían querido jamás desconocer ni usurpar los derechos de los departamentos; los comisionados reconocen á su vez que se ha calumniado á París; abrázense luego unos y otros, y se entregan al más vivo entusiasmo.

De repente les ocurre ir á la Convención para dar cuenta de aquella reconciliación. Dirígenle á ella, en efecto, y son introducidos en el acto. La discusión se interrumpe, y uno de los comisionados toma la palabra. «Ciudadanos representantes, dice, venimos á daros á conocer la conmovedora escena que se acaba de presenciar en la sala de los electores, adonde hemos ido

para dar el ósculo de paz á nuestros hermanos de París. Esperamos que muy pronto caerá la cabeza de los calumniadores de esta ciudad republicana bajo la cuchilla de la ley; todos nosotros somos montañeses. ¡Viva la montaña!» Otro pide que los representantes den á los comisionados el beso fraternal: al punto abandonan los individuos de la Asamblea su sitio y se abrazan con los comisionados de los departamentos; y después de una tierna escena de entusiasmo, que duró algunos instantes, los comisionados desfilan por el salón á los gritos de: «¡Viva la Montaña! ¡Viva la República!»

Después se dirigen á los jacobinos, donde redactan, en nombre de todos los enviados de las asambleas primarias, un manifiesto declarando que París ha sido calumniado. «Hermanos y amigos, escriben, calmad, calmad vuestras inquietudes; aquí no abrigamos todos más que un sentimiento; todas nuestras almas se confunden y la libertad triunfante no pasea ya sus miradas sino sobre jacobinos, hermanos y amigos. El *Pantano* no existe ya: aquí no formamos sino una enorme y terrible MONTAÑA que lanzará sus fuegos sobre todos los realistas y los partidarios del despotismo. ¡Perezcan los folletistas infames que han calumniado á París!.. Nosotros velamos aquí día y noche, y trabajamos de consuno con nuestros hermanos de la capital para la salvación común... No volveremos á nuestros hogares sino para anunciaros que Francia es libre y que la patria se ha salvado.»

Este manifiesto, leído y aplaudido con entusiasmo, es enviado á la Convención para que se inserte en el acto en el diario de sesiones. La embriaguez llega á ser general; muchos oradores se precipitan á la tribuna del club, y las cabezas comienzan á extraviarse. Al ver Robespierre aquel tumulto, pide en el acto la palabra y todos se la ceden con solicitud; jacobinos y comisionados aplauden al célebre orador, que algunos no habían visto ni oído aún.

Felicitando á los departamentos que acaban de salvar á Francia, dice: «La salvaron por primera vez en 89, al armarse espontáneamente; por la segunda, al dirigirse á París para ejecutar el 10 de agosto; y la tercera al venir á ofrecernos en medio de la capital el espectáculo de la unión y de la reconciliación general. En este instante, tristes acontecimientos han afligido á la república, poniendo en peligro su existencia; pero los republicanos no deben temer nada, y si desconfiar de una emoción que podría conducirles á desórdenes. En este momento se querría producir una escasez ficticia y ocasionar un tumulto; se querría llevar al pueblo al arsenal para dispersar las municiones y prender fuego, como acaba de suceder en varias ciudades; en fin, no se renuncia á ocasionar un desastre en las prisiones para calumniar á París y romper la unión que acaba de ser jurada. Desconfiad de tantos lazos; permaneced tranquilos y firmes; contemplad sin temor las desgracias de la patria y trabajemos todos para salvarla.»

Este discurso restablece la calma, y sepáranse todos después de saludar al orador con reiterados aplausos.

Ningún desorden turbó la tranquilidad de París durante los días siguientes; pero no se olvidó nada para agitar los ánimos y disponerlos á un generoso entusiasmo. No se ocultaba al pueblo ningún peligro, ni las malas noticias que llegaban; publicábanse sucesivamente

las derrotas de la Vendée, las noticias cada vez más alarmantes de Tolón, el movimiento más retrógrado del ejército del Rhin, que se replegaba ante los vencedores de Maguncia; y en fin, el inminente peligro del ejército del Norte, retirado en el campamento de César, del cual podían apoderarse por un golpe de mano, formando una doble fuerza, los imperiales, los ingleses y los holandeses, dueños de Condé y de Valenciennes. Entre el campamento de César y de París no había más de cuarenta leguas, y ni un regimiento ni el menor obstáculo que pudiese contener al enemigo. Dispersado el ejército del Norte, todo se habría perdido, y por eso se recogían con ansiedad cuantos rumores llegaban de aquella frontera.

Los temores eran fundados, pues en aquel instante, efectivamente, el campamento de César se hallaba en el mayor peligro, porque en la noche del 7 de agosto llegaron los coligados, y amenazábanle por todas partes. Entre Cambrai y Bouchain se extiende una línea de alturas, que el Escalda protege, recorriéndolas: esto es lo que se llama el campamento de César, apoyado en dos plazas y bordeado por una corriente de agua.

En la noche del 7, el duque de York, encargado de flanquear á los franceses, desemboca á la vista de Cambrai, que formaba la derecha del campamento de César, é intima la rendición de la plaza, á lo cual contesta el comandante cerrando sus puertas y quemando sus arrabales. En la misma noche llega Coburgo á orillas del Escalda con un ejército de cuarenta mil hombres, en dos columnas, y establece su campamento frente al nuestro. Un calor sofocante paraliza las fuerzas de hombres y caballos, y varios soldados mueren de insolación durante el día. Kilmaine, nombrado en reemplazo de Custine, y no habiendo querido aceptar el mando sino interinamente, no cree poder mantenerse en situación tan peligrosa. Expuesto en su derecha á ser flanqueado por el duque de York, sin tener apenas más de treinta y cinco mil hombres desalentados contra setenta mil victoriosos, juzga más prudente pensar en la retirada y ganar tiempo, yendo á buscar otro punto. La línea del Escarpa, situado detrás de la del Escalda, le pareció buena de ocupar: entre Arrás y Douai, unas alturas bordeadas por el Escarpa forman un campamento semejante al de César, apoyado como éste en dos plazas y bordeado por una corriente de agua. Kilmaine preparó su retirada para la mañana del día siguiente 8.

Su cuerpo de ejército debe atravesar el Cense, pequeño río que costea las vertientes del terreno que él ocupa, y él mismo se dirigirá con una numerosa retaguardia hacia la derecha, donde se halla á punto de desembocar el duque de York. Al día siguiente, en efecto, al amanecer, se ponen en movimiento la artillería rodada, los bagajes y la infantería, atraviesan el Cense y cortan todos los pasos. Una hora después, se dirige hacia la derecha Kilmaine con algunas baterías de montaña y numerosas fuerzas de caballería, á fin de proteger la retirada contra los ingleses. No podía llegar más á tiempo: dos batallones, que habían equivocado el camino, batíanse en el pueblecillo de Marquión, oponiendo una vigorosa resistencia á los ingleses; mas á pesar de sus esfuerzos estaban á punto de ser copados. Kilmaine, llegado en este momento, sitúa su artillería ligera contra el flanco del enemigo, hace avanzar á su caballería,

y obfígale á retroceder, pudiendo los batallones reunirse con el resto del ejército. En este momento, los ingleses y los imperiales desembocan á la vez por la derecha y el frente del campamento de César, y hállanle completamente evacuado. Por último, al declinar el día, los franceses están reunidos en el campamento de Gavrelle, apoyados sobre Arrás y Douai, y teniendo ante ellos el Escarpa.

Así, pues, el 8 de agosto queda evacuado el campamento de César, como lo había sido antes el de Famars, y abandonados á sus propias fuerzas Cambrai y Bouchain, lo mismo que Valenciennes y Condé. La línea del Escarpa, situada detrás de la del Escalda, no está, como ya sabemos, entre París y este último río, sino entre el Escalda y el mar: Kilmaine acaba, pues, de marchar de lado, en vez de hacerlo hacia atrás, y así queda descubierta una parte de la frontera. Los coligados pueden extenderse en todo el departamento del Norte. ¿Qué harán? ¿Irán á atacar, marchando un día más, el campamento de Gavrelle, á fin de apoderarse del enemigo que se les ha escapado? Marcharán sobre París, ó volverán á su antiguo proyecto sobre Dunkerque? Entretanto destacan algunas fuerzas hasta Perona y San Quintín, y se difunde la alarma en París, donde se refiere con espanto que el campamento de César se ha perdido como el de Famars, y que Cambrai se ha entregado como Valenciennes. Por todas partes se desencadenan las iras contra Kilmaine, olvidando el servicio inmenso que acaba de prestar con su magnífica retirada.

La fiesta solemne del 10 de agosto, destinada á electrizar los ánimos, se prepara en medio de estos siniestros rumores. El 9 se ha presentado en la Convención el informe sobre el recuento de los votos; las cuarenta y cuatro mil municipalidades han aceptado la Constitución; sólo faltan en el número de votos los de Marsella, de Córcega y la Vendée. Sólo un ayuntamiento, el de Saint-Tonnant, en el departamento de las Costas del Norte, ha osado pedir el restablecimiento de los Borbones en el trono.

El 10 comienza la fiesta con el día: el célebre pintor David ha sido nombrado ordenador, y á las cuatro de la madrugada se reúne el cortejo en la plaza de la Bastilla. La Convención, los enviados de las asambleas primarias, entre los cuales se han elegido los ochenta y seis de más edad para representar á los departamentos, las sociedades populares y todas las secciones armadas se agrupan alrededor de una gran fuente llamada de la *Regeneración*, fuente formada por una gran estatua de tamaño natural, de cuyo seno brota el agua cayendo en un inmenso pilón.

Apenas doran los rayos del sol la parte superior de los edificios, se le saluda cantando estrofas por el estilo de la Marsellesa; el presidente de la Convención toma una copa, vierte en el suelo el agua de la regeneración, bebe después y pasa la copa á los decanos de los departamentos, que beben cada cual á su vez. Después de esta ceremonia, el cortejo se encamina á lo largo de los bulevares. Las sociedades populares avanzan en primer término llevando una bandera en que está pintado el ojo de la vigilancia: sigue después la Convención toda entera; cada uno de sus individuos lleva un ramo de espigas de trigo, y ocho de ellos, colocados en el

centro, conducen sobre una arca el acta constitucional y los Derechos del hombre. Alrededor de la Convención, los mayores en edad forman una cadena, avanzando unidos por un cordón tricolor; llevan en la mano un ramo de olivo, símbolo de reconciliación de las provincias con París y una pica destinada á formar parte del haz nacional formado por los ochenta y seis departamentos. Detrás de esta parte del cortejo vienen grupos de pueblo con los instrumentos de diversos oficios, y en medio de ellos avanza una carreta que conduce á dos ancianos, marido y mujer, y la cual arrastran sus jóvenes hijos. A esta carreta sigue un carro de guerra en el que reposa la urna de los soldados muertos por la patria; y en fin, cierran la marcha varios ataúdes cargados de cetros, de coronas, de blasones y de tapices con flores de lis.

La comitiva recorre los bulevares, encaminándose hacia la plaza de la Revolución. Al pasar por el de Poissoniere, el presidente de la Convención da una rama de laurel á las heroínas del 5 y 6 de octubre, que están sentadas en sus cañones; en la plaza de la Revolución detiéndose nuevamente, y prende fuego á todas las insignias de la monarquía y de la nobleza, que conducían los carros; y acto continuo desgarrá el velo que cubre una estatua, en la cual reconocen todos la de la Libertad. Algunas salvas de artillería indican el momento de su inauguración, y en el mismo instante se da libertad á miles de pájaros con ligeras banderolas, que al remontarse por los aires parecen proclamar que aquella tierra es libre.

La comitiva se dirige después al Campo de Marte por la plaza de los Inválidos, y desfila ante una figura colosal que representa al pueblo francés hollando al federalismo y ahogándole en el fango de un pantano. Por fin se llega al campamento mismo de la confederación, y allí se divide la comitiva en dos columnas, que rodean el altar de la patria. El presidente de la Convención y los ochenta y seis decanos ocupan la parte superior de aquél, colocándose en las gradas los diputados de la Convención y los diputados de las asambleas primarias. Cada grupo del pueblo llega alternativamente á depositar alrededor del altar los productos de su oficio, telas, frutos y objetos de toda especie. El presidente, recogiendo después las actas en que las asambleas primarias han inscrito sus votos, las pone sobre el altar de la patria. En el mismo momento resuena una salva general de artillería; un pueblo inmenso une sus gritos al estampido del cañón, y se jura, con el mismo entusiasmo que en 14 de julio de 1790 y 1792, defender la Constitución.

¡Vano juramento, si se considera la letra de aquélla; pero muy heroico y bien observado, si sólo se tiene en cuenta el suelo y la revolución misma! Las constituciones, en efecto, han pasado; pero el suelo y la revolución fueron defendidos con una constancia heroica.

Después de esta ceremonia, los ochenta y seis decanos entregan sus picas al presidente; éste forma un haz, y le confía, con el acta constitucional, á los diputados de las asambleas primarias, recomendándoles que reúnan todas sus fuerzas alrededor del arca de la nueva alianza. Después se separan; una parte de la comitiva acompaña la urna cineraria de los franceses muertos por la patria hasta el templo donde debe depositarse; y

la otra va á dejar el arca de la Constitución en un lugar donde debe permanecer hasta el día siguiente, para ser conducida después á la sala de la Convención. El resto del día se pasa asistiendo á una gran representación que figura el sitio y el bombardeo de Lila, y la heroica resistencia de sus habitantes, con lo cual se predispone la imaginación del pueblo á las escenas guerreras.

Tal fué esta tercera confederación de la Francia republicana; no se veía allí, como en 1790, á todas las clases de un gran pueblo, á ricos y pobres, nobles y plebeyos, confundidos un instante por la misma em-

apoderarse de todas las subsistencias, transportarlas á los almacenes de la República, que haría por sí misma la distribución á cada individuo; y buscar en fin, sin saber imaginarlo, un medio que proporcionase acto continuo fondos suficientes. Exigíase sobre todo que la Convención continuara en sus funciones; que no cediera sus poderes á la nueva legislatura que debía sucederle, y que se velase la Constitución como la estatua de la Ley hasta conseguir la derrota general de los enemigos de la República.

En los jacobinos fué donde se propusieron sucesiva-



David

briaguez, cansados de aborrecerse y perdonándose durante algunas horas sus diferencias de clase y de opinión; veíase allí un pueblo inmenso, que no hablaba ya de perdón, sino del peligro, de fidelidad, de resoluciones desesperadas y disfrutaba con embriaguez de aquellas pompas gigantescas, esperando lanzarse al día siguiente en los campos de batalla. Una circunstancia hacía resaltar el carácter de aquella escena, disimulando lo que los ánimos desdenosos ú hostiles pudieran encontrar de ridículo, y era el peligro y el entusiasmo con que se arrostraba. El primer 14 de julio de 1790, la revolución era inocente y aún benévola; podía no ser grave, y tener fin, como una farsa ridícula, por las bayonetas extranjeras; en agosto de 1793 era trágica, pero grande; señalábase por victorias y derrotas, y llevaba en sí el carácter de una revolución irrevocable y heroica.

Había llegado el momento de adoptar grandes medidas. Por todas partes fermentaban las ideas más extraordinarias; proponíase excluir á todos los nobles de los empleos, decretar el encarcelamiento general de los sospechosos, contra los cuales no existía aún ninguna ley asaz terminante, sublevar la población en masa,

mente todas estas ideas. Robespierre, no tratando ya de moderar el ímpetu de la opinión, sino de excitarla por el contrario, insistió particularmente en la necesidad de mantener á la Convención Nacional en sus funciones, y daba sobre este punto un sabio consejo. Disolver en aquel instante una Asamblea que tenía en sus manos todo el gobierno, en el seno de la cual habían cesado todas las divisiones, y sustituirla por una nueva é inexperta, que estaría dominada por los partidos, era un proyecto desastroso. Los diputados de las provincias, rodeando á Robespierre, dijeron que habían jurado permanecer unidos hasta que la Convención hubiera adoptado medidas de salvación pública, declarando que la obligarían á continuar en sus funciones. Audouin, yerno de Bache, habló después para proponer una leva en masa y el arresto general de los sospechosos. Los comisionados de las asambleas primarias redactan al punto una petición y al día siguiente, 12, van á presentarla á la Convención. Piden que ésta se encargue por sí misma de salvar á la patria; que no se conceda ninguna amnistía; que sean arrestados los sospechosos y enviados los primeros al enemigo, y que el pueblo sublevado vaya detrás de ellos. Adóptase una parte de

estas proposiciones, decretándose en principio el arresto de los sospechosos; pero como el proyecto de una leva en masa parece demasiado violento, se somete al examen del comité de salvación pública. Los jacobinos, poco satisfechos, insisten, y continúan repitiendo en su club que no conviene un movimiento parcial, sino universal.

En los días siguientes, el comité presenta su informe, proponiendo un decreto demasiado vago y proclamas por demás frías.

«El comité, exclama Dantón, no lo ha expuesto todo; no ha dicho que si Francia es vencida, y queda desgarrada, los ricos serán las primeras víctimas de la rapacidad de los tiranos; no ha dicho que los patriotas vencidos destrozarán e incendiarán esta república antes que verla en manos de los insolentes vencedores. He ahí lo que deben comprender esos ricos egoístas.»

«¿Qué esperáis, añade Dantón, vosotros los que no queréis hacer nada para salvar a la república? Ved ahora cuál sería vuestra suerte si sucumbiera la libertad. Una regencia dirigida por un imbécil, un rey niño cuya minoría sería muy larga, y por último la división de nuestras provincias y un desgarramiento espantoso. ¡Sí, ricos!, os impondrán y exigirán mil veces más de lo que tendríais que gastar para salvar vuestro país y eternizar la libertad... La Convención tiene en sus manos los rayos populares; que haga uso de ellos y los lance a la cabeza de los déspotas; tiene los comisionados de las asambleas primarias; tiene sus propios individuos; que envíe a unos y a otros para organizar un armamento general.»

Los proyectos de ley vuelven de nuevo al comité, y al día siguiente envían otra vez los jacobinos a la Convención a los comisionados de las asambleas primarias, quienes se acercan a pedir una vez más, no un alistamiento limitado, sino un levantamiento en masa; porque dicen que las medidas a medias son mortales, y que es más fácil levantar a la nación entera que a una parte de sus ciudadanos. «Si pedís, añaden, cien mil soldados, no se hallarán; pero millones de hombres responderán a un llamamiento general. Que no haya ninguna dispensa para todo ciudadano que esté en aptitud de tomar las armas, cualesquiera que sean las funciones que ejerza; que sólo la agricultura conserve los brazos necesarios para sacar de la tierra los productos alimenticios; que se detenga momentáneamente el curso del comercio; que cese todo negocio, y que el grande, el único, el general empeño de los franceses sea el de salvar la república.»

La Convención no puede resistir más a una intimación tan terminante. Participando ella misma del entusiasmo de los peticionarios, manda a su comisión respectiva que se retire para redactar al punto el proyecto de levantamiento general; ésta vuelve algunos minutos después y presenta el siguiente proyecto, que se adopta en medio de aclamaciones generales:

«Artículo 1.º El pueblo francés declara, por el órgano de sus representantes, que va a levantarse todo entero en defensa de su libertad, y para sacar, en fin, su territorio de manos de sus enemigos.

»Art. 2.º El comité de salvación pública presentará mañana el modo de organizar este gran levantamiento nacional.»

Por otros artículos se nombraban diez y ocho repre-

sentantes encargados de recorrer toda la Francia, dirigiendo a los comisionados de las asambleas primarias en sus requisiciones de hombres, caballos, municiones y comestibles. Dado este gran impulso, todo lo demás se facilitaba. Una vez declarado que la Francia entera, hombres y objetos, pertenecía al gobierno, podía éste disponer de cuanto creyese útil e indispensable, según el peligro, sus luces y su creciente energía. No hay duda que era conveniente levantar la nación en masa, interrumpiendo la producción y hasta el trabajo necesario para la subsistencia; pero convenía que el gobierno pudiese exigirlo todo, salvo no disponer sino de lo suficiente para las necesidades del momento.

El mes de agosto fué, pues, la época de los grandes decretos que pusieron en movimiento a toda Francia y en actividad todos sus recursos, terminando en provecho de la revolución su postrera y más terrible crisis.

Había a un mismo tiempo que poner la población en pie, proveerla de armas y subvenir con una nueva medida financiera a los inmensos gastos de tamaños movimientos; era preciso poner en relación el papel-monedas con el precio de los comestibles y de los otros géneros; distribuir los ejércitos y los generales del modo más conveniente a cada teatro de guerra, y aplacar, en fin, la cólera revolucionaria con grandes y terribles ejecuciones. Vamos a ver lo que hizo el gobierno para acudir a un tiempo a necesidades tan urgentes y a pasiones tan exageradas, con las cuales debía avenirse, como inseparables de la energía que salva a un pueblo en peligro.

Exigir de cada localidad un contingente determinado de hombres, no convenía a las circunstancias, pues hubiera sido dudar del entusiasmo de los franceses en este momento, y era necesario suponerlo para inspirarlo.

Este modo germánico de imponer a cada provincia una contribución así de hombres como de dinero, estaba, por otra parte, en discordancia con el principio del levantamiento en masa. Tampoco convenía un sorteo general, porque no llamándose a todos, cada uno pensaría entonces en exceptuarse y se quejaría de la suerte que le hubiera obligado a servir. Ciertamente es que el levantamiento en masa exponía a Francia a un desorden general y provocaba las burlas de moderados y contrarrevolucionarios; pero el comité de salvación pública ideó el medio más conveniente a las circunstancias, cual fué el de poner a toda la población en estado de dividirla por generaciones y disponer de ella por edades, según y cómo lo reclamaban las circunstancias. «Desde este momento, decía el decreto (23 de agosto), hasta que se haya arrojado a los enemigos del territorio de la república, todos los franceses se hallarán en requisición permanente para el servicio de las armas. Los jóvenes irán al combate; los hombres casados forjarán las armas y acarrearán los víveres; las mujeres harán tiendas, vestidos y servirán en los depósitos; los niños harán hilas; los ancianos se harán transportar a las plazas públicas para excitar el entusiasmo y el valor de los combatientes, y predicar odio a los reyes y amor a la república.»

Todos los jóvenes solteros ó viudos sin hijos, desde la edad de diez y ocho años hasta la de veinticinco, estaban comprendidos en el primer alistamiento, llamado *primera requisición*. Debían reunirse en seguida, no en las capitales de departamento, sino en las cabezas

de distrito, porque desde el federalismo se temían mucho aquellas grandes reuniones, que infundían a las provincias el conocimiento de sus fuerzas y la idea de la rebelión. Había además otro motivo para obrar así, cual era lo difícil de abastecer a crecidas masas. Los batallones reunidos en las cabezas de distrito debían principiar al instante el ejercicio y estar prontos a partir a la primera orden. Advertíase también a la generación de veinticinco años a treinta que estuviese lista, y entretanto quedaba encargada del servicio del interior. Ultimamente, todos los demás desde treinta hasta sesenta estaban disponibles, según la voluntad de los representantes enviados para verificar este alistamiento sucesivo; y a pesar de estas disposiciones, el levantamiento en masa é instantáneo de toda la población estaba mandado de derecho en ciertos puntos más amenazados, como la Vendée, Lyon, Tolón, el Rhin, etc.

Los medios empleados para armar estas tropas, alajarlas y mantenerlas, eran análogos a las circunstancias. Todos los caballos y acémilas, sin los cuales pudieran pasar la agricultura y las fábricas, eran requisados y puestos a disposición de los comisarios de los ejércitos. Las armas de calibre debían entregarse a la generación que marchaba, y las escopetas y picas quedaban destinadas al servicio del interior. En los departamentos en que podían establecerse fábricas de armas, las plazas, los paseos públicos y los grandes edificios, comprendidos en los bienes nacionales, debían servir para construir obradores. El principal establecimiento se hallaba en París; las fraguas se ponían en los jardines del Luxemburgo y las máquinas para horadar los cañones a orillas del Sena. Todos los armeros y relojeros que en aquel momento tenían poco trabajo y podían emplearse en cierta parte de la fabricación de armas, quedaban embargados, y para este solo objeto se habían puesto a disposición del ministro de la Guerra treinta millones, determinando que todos estos medios extraordinarios se emplearían hasta que se consiguiese la construcción de mil fusiles cada día. Situábase en París este gran establecimiento, porque toda negligencia era imposible a los ojos del gobierno y de los jacobinos, y todos los prodigios de rapidez y de energía quedaban asegurados. En efecto, esta fábrica no tardó en llenar su cometido.

Faltando el salitre, se pensó en extraerlo del suelo de las bodegas, y por lo mismo se mandaron reconocer todas para ver si la tierra en que estaban situadas contenía algunas partículas; y que cada particular debiese sufrir la visita y reconocimiento de sus bodegas para hacer lejía con la tierra, cuando contuviese dicho salitre. Las casas procedentes de bienes nacionales se destinaron para cuarteles y almacenes.

A fin de proporcionar los consiguientes abastecimientos a aquellas grandes masas armadas, se tomaron varias disposiciones, no menos extraordinarias que las precedentes. Los jacobinos hubieran querido que la república, haciendo concluir el estado general de los abastos, los comprase todos é hiciese en seguida la distribución, ya dándolos a los soldados armados por ella, ya vendiéndolos a los demás ciudadanos a un precio módico. Esta propensión de quererlo hacer todo, de suplir a la misma naturaleza cuando no marcha a medida de nuestro deseo, no se siguió tan ciegamente como hubie-

ran deseado los jacobinos. Sin embargo, se ordenó que los estados de abastos, ya pedidos a las municipalidades, se terminasen y enviasen prontamente al ministerio del Interior, para formar la estadística general de las necesidades y de los recursos; que la trilla de los granos se concluyese donde no lo estaba, y que los mismos ayuntamientos los hiciesen trillar si los particulares se negaban a hacerlo; que los arrendadores ó propietarios de granos pagasen en especie sus contribuciones atrasadas y las dos terceras partes de las de 1793; y en fin, que los arrendatarios y administradores de los bienes nacionales pagasen las rentas también en especie.

La ejecución de estas medidas extraordinarias no podía menos de ser extraordinaria también. No convenían ni a la naturaleza de las medidas decretadas ni a su urgencia poderes limitados, confiados a las autoridades locales, que a cada paso experimentaban tropiezos, y que por otra parte no todas hubieran tenido la misma energía é igual efecto; por lo cual el medio único de que podía hacerse uso era la dictadura de los comisionados de la Convención. Ya se habían empleado para el primer alistamiento de los trescientos mil hombres decretado en el mes de marzo, y habían desempeñado su cargo pronto y cumplidamente. Enviados a los ejércitos vigilaban a los generales y sus operaciones, y aunque muchas veces contrariaban a militares consumados, por todas partes reanimaban el celo y comunicaban valor y voluntad. Encerrados en plazas fuertes, habían sostenido sitios heroicos en Valenciennes y en Maguncia, y esparcidos en el interior habían contribuido poderosamente a sofocar el federalismo. Por lo tanto empleóseles en esta operación, recibiendo poderes ilimitados para ejecutar aquella requisición de hombres y demás objetos. Teniendo a sus órdenes a los comisionados de las asambleas primarias, podían emplearlos según su voluntad, confiándoles una parte de sus poderes; de este modo tenían a mano unos hombres muy decididos, conocedores de las circunstancias de cada ayuntamiento, y sin otra autoridad que la que ellos mismos les diesen, según las necesidades de aquel servicio extraordinario.

Había ya varios representantes en la Vendée, Lyon y Grenoble para destruir los restos del federalismo, y además de éstos se nombraron diez y ocho, con el encargo de extenderse por toda Francia y ponerse de acuerdo con los que ya tenían la comisión de reunir los jóvenes de la primera recluta, armarlos, equiparlos, abastecerlos y enviarlos a los puntos convenientes, según los avisos y pedidos de los generales. Además de esto debían terminar la completa sumisión de las administraciones federalistas.

A estas medidas militares había que agregar otras de hacienda para cubrir los gastos de la guerra. Bajo este aspecto ya está conocido el estado de Francia: una deuda en desorden, compuesta de deudas de toda especie, de todas fechas, opuestas a las deudas contraídas en tiempo de la república; asignados sin crédito alguno, a los cuales se oponía el metálico, el papel extranjero y las acciones de las compañías financieras, y que ya no servían al gobierno para pagar los servicios públicos, ni al pueblo para comprar las mercancías que necesitaba; tal era entonces nuestra situación. ¿Qué hacer en semejantes coyunturas? ¿Levantar un empréstito ó emitir